

De: La lógica de la entrega sincera. Encuentro internacional "Mujeres", Roma 6-8 diciembre 1996. Laicos Hoy, Revista del Pontificio Consejo para los Laicos, 40, Ciudad del Vaticano 1997.

I

La mujer al alba del tercer milenio

MESA REDONDA

Una panorámica

«En esta hora magnífica y a la vez dramática de la historia» (*Cbl*, 3) estamos llamados a decidir “qué queremos ser” y qué tipo de sociedad queremos construir». Mary Ann Glendon no titubea, al comparar la opción que debemos tomar hoy con aquella otra que tuvieron que tomar los hijos de Israel en el momento de entrar en la Tierra Prometida: «El Señor les pone delante (...): “la vida y el bien [o] la muerte y el mal” (*Dt* 30, 15). Exactamente igual es para nosotros: podemos contribuir a la construcción de la civilización de la vida y del amor o permitir la invasión de la cultura de la muerte»...

Para confirmar la opción justa, Irina Alberti nos ofrece ejemplos de un pasado cercano en el que la negación de la presencia de Dios en la vida, la destrucción de la Iglesia y de la familia, han llevado a la construcción de una cultura donde el odio ha reemplazado al amor. A pesar de ello, en el seno de esta cultura, las mujeres han conseguido que no se extinga la *tradición de fe* de su pueblo. Dice Alberti:

«En el período soviético, la mujer, en todo lo que concierne a la familia, no consigue resistir, no tiene fuerzas, no puede enfrentarse a un Estado omnipotente. Los gestos de odio y destrucción sembrados antes de la Revolución crecen, se desarrollan, se convierten en algo que forma parte de la vida cotidiana. El período soviético en Rusia es una época totalmente impregnada de odio y como consecuencia es un período de negación y destrucción. Para la vida de la mujer comienza una nueva era, una época nueva. La mujer no consigue defender a la familia porque no puede resistir frente a un Estado que considera a la familia como un obstáculo frente al régimen nuevo y a la nueva sociedad que se quiere construir. La ideología totalitaria quiere que el niño sea propiedad de la comunidad y no consiente ninguna interferencia ni ninguna participación activa de la familia y mucho menos de la madre. (Mirando a la Rusia de hoy, diría que si el país no consigue reconstruir la familia, no con-

seguirá reconstruir la sociedad y no conseguirá reconstruir su propia humanidad, humanidad herida, ofendida, y en muchos casos matada y aniquilada). Al mismo tiempo, sin embargo, se constata un fenómeno extraordinario que afecta a la presencia y al papel de la mujer en la vida del pueblo. Me refiero a la resistencia de las mujeres ante el ataque y las ofensas a la religión. La mujer no ha conseguido salvar a la familia, pero ha conseguido, en muchos casos, salvar y conservar algún brote de fe y algún recuerdo de la vida de la Iglesia. Se ha hablado mucho, a un cierto punto, de las “Babuske”, las abuelas rusas que han sido capaces de conservar la fe cristiana en situaciones en que la fe no sólo estaba prohibida, despreciada, humillada, y aún más, considerada como una actividad criminal. Creer equivale a una acción subversiva contra el Estado, contra el régimen. Por experiencia personal puedo decir que hoy en Rusia hay un buen número de personas – personas de mediana edad pero incluso más jóvenes – que hablan de lo que ha significado para ellas la presencia de las abuelas, que a veces lo único que han hecho ha sido dejarles entrever la posibilidad de creer que existe Dios, que existe Jesucristo y su Madre, muy venerada, muy querida; otras veces han contado algún pasaje del Evangelio o escrito a mano trozos enteros de la Biblia para dejárselos a sus hijos o nietos. En muchos casos, cuando se encuentran personas que ya han llegado a la fe o que están en búsqueda, en un cierto punto descubren que en algún momento de sus vidas, de su historia, ha estado presente una figura femenina (abuela, madre o tía), una persona que pertenecía a la generación anterior y que les ha transmitido, quizás no tanto en el plano teológico y eclesial, porque no podía, pero que ciertamente les ha transmitido la necesidad de Dios, el deseo de encontrarlo, la intuición de que hay Alguien; la esperanza de que hay Alguien; el impulso para ir a la búsqueda de esta esperanza. A mi modo de ver, se trata de un capítulo de la historia de la humanidad, quizás único, y de cualquier modo extremadamente importante para Rusia, porque está en la base de lo que podría ser este nuevo resurgir.

Hablando de Rusia, hablo de una situación que nos atañe a todos. Y en esta situación pienso, es más, estoy convencida, que la mujer tiene que desempeñar un papel de máxima importancia. Es

ella la que puede hacer renacer y reconstruir el amor. Y si esto no sucede, no sucederá nada. Nos hablarán hasta la saciedad de reformas económicas, de economía de mercado, de democracia, en fin, nos dirán muchas palabras más o menos bonitas, más o menos verdaderas, pero que no tendrán ningún significado, que no estarán de ningún modo basadas en la realidad. Hay un camino larguísimo que recorrer en Rusia y ya hay mujeres trabajando en esta dirección. El resurgir de la sociedad civil en Rusia se puede basar sólo sobre la solidaridad y, a fin de cuentas, sobre el amor – esa cultura del amor de la que siempre habla Juan Pablo II. Palabras admirables las tuyas que en Rusia, cuando llegan, tienen una enorme resonancia».

Los delitos cometidos al negar a las familias su papel, plantean la cuestión del mantenimiento de las tradiciones en aquellas civilizaciones en donde todavía son fuertes a pesar de estar amenazadas. Lo que nos manifiesta, totalmente convencida, Kathryn Hawa Hoomkwap es concretamente una defensa de la familia:

«El papel de la mujer en la sociedad africana, basada en la familia ampliada, es muy importante, porque en Africa la mujer es madre no sólo de sus propios hijos, sino de todos los niños que viven en este tipo de familia. En la familia ampliada se ocupan los unos de los otros. Poco importan sus dimensiones; sus miembros protegen, cuidan, comparten todo y se preocupan del bienestar de los jóvenes, de los ancianos y de los minusválidos. La mujer africana desempeña su papel de madre con gran alegría y dignidad y la falta de hijos es para ella un motivo de gran sufrimiento. La vida de una mujer africana casada sin hijos está incompleta; la maternidad eleva su posición tanto dentro de la familia como en la sociedad.

En las sociedades africanas, los niños son la riqueza de la familia y a los matrimonios sin hijos, aunque sean ricos materialmente, a menudo se les compadece. El nacimiento de un niño es un gran acontecimiento familiar. La cultura africana no pone límites al número de hijos que una familia o una mujer puede tener, pero en la sociedad africana se practica la paternidad responsable. Las mujeres intentan, por tanto, espaciar el nacimiento de los hijos, prolongando la lactancia y la abstinencia de relaciones sexuales.

Dada la importancia atribuida a la castidad prematrimonial, a las chicas se les enseña a no frecuentar a los chicos, y durante el

noviazgo están siempre bajo la atenta mirada de las madres que son censuradas si las hijas no llegan vírgenes al matrimonio. La costumbre de casarse cuando son jovencísimas tiene por objeto salvaguardar la castidad de las chicas. Estos valores y las normas que de ellos se derivan tienden a disminuir el número de embarazos fuera del matrimonio y consideran el aborto como algo abominable.

En un mundo cada vez más caracterizado por la explotación de los espacios naturales, la guerra y el degrado ambiental, las mujeres que *protegen la vida* deberían hacer oír sus voces contra todas las formas de violencia, incluidas las de los niños no nacidos y las que sufren los más pobres. Baste pensar en la gente que vive en las zonas rurales y que tienen las aguas envenenadas a causa de los vertidos de los residuos de las industrias, o en los niños que recogen los preservativos usados en los hoteles, preservativos que se tiran en lugares que están a su alcance, y que ellos los usan para jugar como si fueran pelotas...

Una palabra, en fin, sobre el concepto de maternidad espiritual, aplicable al trabajo de todas aquellas religiosas, enfermeras, profesoras, asistentes sociales y mujeres consagradas que trabajan por salvaguardar la vida, enriquecerla y dignificarla en todas sus expresiones. Los niños son débiles, incapaces de defenderse y de proveerse sus propias necesidades primarias, son ignorantes. No conocen ni su lengua ni su religión. No conocen su identidad y tiene necesidad de que alguien les ayude a encontrar su camino en el ambiente donde viven, primero, y en el mundo, después. En esta obra de cuidar, de enseñar, de orientar, la contribución de estas personas representa una gran ayuda para las familias».

Hanna Suchocka hace una llamada a las familias, a los maridos, a toda la sociedad para que busquen salidas que conduzcan a un *mejor equilibrio entre trabajo y familia*.

«Es muy importante que toda la familia y sobre todo el marido, aprueben el que la mujer trabaje fuera de casa. Para las mujeres es difícil desempeñar una doble tarea y por tanto puede ser fuente de tensiones en la familia. El problema principal para la mujer es evitar el desmoronamiento que sufre la familia a causa de su actividad profesional o política.

En muchos países se trabaja para conseguir la aprobación de una ley sobre la igualdad de derechos entre las mujeres y los hom-

bres. Pero la ley sobre la paridad es sólo una solución formal y no siempre la mejor. Si no se llega a un acuerdo en el seno de la familia, las disposiciones legales se quedan en disposiciones vacías. No queremos minusvalorar la importancia de las disposiciones legales y constitucionales sobre el principio de la no discriminación y de la igualdad, pero el ámbito de los derechos especiales es muy discutible. Por ejemplo, ¿en qué medida el “*numerus clausus*” o las “*cuotas*” ayudan de verdad a las mujeres a participar en la vida pública?

Siendo partidaria de que las mujeres desempeñen una actividad profesional, creo que la primera obligación de todos nosotros es trabajar para poner término a las consecuencias negativas que el trabajo de la mujer puede reportar a la vida de la familia.

En la Europa del este, la estructura laboral ha cambiado después de la caída del comunismo. En muchos países se están creando oportunidades reales para poder poner en marcha empresas privadas. Esto supone abrir nuevas posibilidades a la mujer, naturalmente a las más activas, mejor preparadas e, importantísimo, a mujeres con más de 40 años. Las mujeres más jóvenes encuentran trabajo más fácilmente y no tienen necesidad de arriesgarse a crear su propia empresa. Las mujeres más maduras tienen más experiencia profesional y mejores posibilidades económicas. Al mismo tiempo los hijos son ya más mayores y les permiten tener tiempo para dedicarse a nuevas actividades empresariales.

Un sondeo hecho en Polonia demuestra que más del 50% de las mujeres – propietarias de pequeñas empresas – intentan sacar adelante sus propios negocios, y sólo un tanto por ciento mínimo toma en consideración la posibilidad de traspasarlo. Podemos pues esperar que aumenten y se desarrollen cada vez más dinámicamente el número de estas empresas femeninas. Las ventajas de este tipo de actividad por parte de las mujeres todavía es poco reconocida, sin embargo, puede no sólo representar un *boom* económico, sino llegar a ser un medio óptimo para disminuir el paro».

La Mesa Redonda continúa con un debate en el que surgen situaciones reales en las que las mujeres de diversos países viven y desempeñan su misión. Entre los temas de gran actualidad que han llamado la atención, están: la pobreza, el trabajo no remunerado, los cupos en los puestos oficiales o políticos y la violencia que sufren

las mujeres, e incluso en la que tienen que participar. A continuación ofrecemos algunos puntos de las intervenciones:

— *Sobre la pobreza*: «En mi país, en África, las mujeres pobres viven en la promiscuidad, tienen más hijos, son cada vez más pobres. Tienen que hacer frente a grandes problemas por falta de una información adecuada, especialmente en lo que se refiere a su dignidad y a su trabajo. Igualdad y dignidad son sinónimos y la gente cree que para alcanzar su dignidad tienen que ser iguales que los hombres. Como consecuencia, los valores femeninos se consideran un obstáculo para el crecimiento de las mujeres».

— *Sobre el trabajo no remunerado*: ¿Cómo se puede cuantificar el trabajo no remunerado de las mujeres? ¿Cómo hacer para que conste en las estadísticas nacionales e internacionales aunque no se trate de una actividad remunerada? Una participante de Tanzania toma la palabra: «El problema parece nacer de esto: la aspiración a trabajar en una oficina o a entrar en el mercado del trabajo surge a menudo de una infravaloración del trabajo doméstico, que no es sólo por la falta de remuneración, sino porque no se considera esta actividad ni siquiera como “trabajo”. El acceso de la mujer a todas las profesiones no debe ser a costa de minusvalorar el trabajo doméstico de las mujeres...». Interviene una señora de Estados Unidos: «Cuando me tropiezo con mujeres que han optado por no trabajar fuera de casa durante 5, 10 ó 20 años, me encuentro de frente a personas que reclaman el reconocimiento de la aportación que hacen a la sociedad».

— *Sobre la necesidad de hacer opciones*. Una argentina afirma: «hay que tomar en serio la cuestión del discernimiento: ¿Cómo discernir si nuestra vocación es quedarnos en casa o dedicar todo nuestro tiempo al trabajo fuera o hacer malabarismos entre abnegación materna y servicio público? ¿Cómo discernir cuál es la voluntad de Dios para nosotras? Creo que son interrogantes que se deberían plantear en las catequesis, en las clases de formación que dan en las escuelas católicas, en la formación que dan las instituciones de la Iglesia. En estos contextos, ¿en qué medida está presente el tema de tantos discernimientos que deben hacer los hombres y las mujeres? A este respecto sería utilísimo recoger y difundir las experiencias de algunas de nosotras, que de algún modo, hemos conseguido armonizar estas tensiones y hacer estos discernimientos».

— *Sobre los cupos*: «En India, actualmente se está discutiendo en el Parlamento una ley para elevar hasta el 33% el cupo femenino; esta disposición ha sido requerida por muchos grupos de mujeres, pero no por todos. Personalmente me pregunto cómo podrán las mujeres entrar en política y reclamar sus derechos mientras no haya un cupo. Según los partidos actuales, las mujeres que están en la política no tienen derecho a ocupar puestos de relevancia y cuando esto sucede, son como muñecas en manos de sus maridos y de los partidos». Una italiana: «Creo que los derechos y los deberes de las mujeres constituyen un punto irrenunciable, y desde ahí se puede hablar de la presencia de la mujer, de los cupos. En Italia el cupo se ha abolido porque se decía que no respetaba a los hombres. Como consecuencia en las últimas elecciones ha habido un descenso de la representación femenina en el parlamento».

— *Sobre la violencia*: «En mi país, Gran Bretaña, no parece ser siempre cierto que cuando las mujeres dirigen la vida política automáticamente protejan a las mujeres y la vida. Probablemente se podrá demostrar lo contrario, pero ciertamente no durante los años 80. Quisiera señalar un fenómeno nuevo, la implicación de la mujer en la violencia, en el hacer violencia. Es muy importante haber empezado a hablar de las mujeres víctimas de la violencia, pero pienso que la paradoja de nuestra relación con la violencia es mucho más compleja. Quisiera estar segura de que las decisiones tomadas por las mujeres — especialmente cuando ocupan puestos de poder o de gobierno — protejan siempre la vida. Sería interesante poder oír algunos testimonios sobre el tipo de compromisos con los que hay que enfrentarse, no en los lugares en donde se pueden afirmar claramente los propios principios, sino en los contextos en los que se deben tomar decisiones y hacer opciones difíciles. Me tranquiliza un poco una afirmación hecha por el Santo Padre en su espléndido Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz de 1996. El dice que las personas están encomendadas, de manera especial, a las mujeres, *pero no sólo*. Creo que es una advertencia importante porque solamente a partir de una relación nueva entre los hombres y las mujeres puede nacer una nueva actitud, y un nuevo tipo de responsabilidad por la vida. En caso contrario, no haremos otra cosa que restablecer, por supuesto de modo distinto, situaciones problemáticas del pasado».

Mary Ann Glendon cierra el debate: «Entre las cuestiones aquí tratadas hay muchas afinidades y querría explicitar algunas cosas que estaban implícitas en varias de ellas. Me refiero en particular al tema de la pobreza y al de los cupos, que de hecho condicionan la representación de las mujeres en la vida pública. A mi modo de ver, por lo general, la cuestión no se plantea correctamente. Intentaré reformularla de la siguiente manera: actualmente se puede afirmar que en muchos países para las mujeres sin hijos, las posibilidades son exactamente iguales que para los hombres. Los sueldos son iguales, así como las oportunidades. Se puede incluso afirmar que en muchos países y para un cierto tipo de mujeres, el movimiento de liberación ha terminado. Pero ¿qué les pasa en la vida política y empresarial a los hombres y mujeres con hijos? ¿qué les pasa a los hombres y a las mujeres que han decidido dedicar una parte importante de sus vidas a la familia? Están poco representados en la vida política y económica. Creo que hay que aclarar que no se trata sólo de una cuestión de justicia que afecta a las mujeres o a las madres y padres, sino de una cuestión – quizás la más grave – que afecta a toda la sociedad. En realidad si cada vez más los que hacen la política serán aquellos que pertenecen a lo que yo defino como “las élites modernistas” (hombre-mujer, primer mundo-tercer mundo), habrá desventajas sistemáticas para aquellos que luchan por renovar la sociedad: los hombres y las mujeres que crían a los futuros ciudadanos y que en todas partes vienen detrás de otros tipos de núcleos familiares. Las madres y los padres que educan bien a sus hijos prestan un servicio importante a la sociedad y nuestra sociedad debe empezar a reconocer y recompensar de modo tangible ese servicio».